



# Discípulo del Amor

## Algunos recuerdos del señor Kobāri

Alireza Nurbakhsh

*No digas que el Amado se ha ido  
y que la Ciudad del amor está vacía.  
El mundo está lleno de maestros perfectos,  
pero ¿dónde están los discípulos sinceros?*



Siempre me he preguntado qué es lo que hace que ciertas personas tengan una confianza tan fuerte en un camino espiritual y en su maestro, la clase de creencia inquebrantable que tenemos, por ejemplo, en la salida del sol cada mañana. Hay, me parece a mí, dos clases de personas que tienen esas sólidas creencias religiosas. Unos, una clase muy común en nuestros días, son totalmente dogmáticos acerca de lo que creen hasta el extremo de que creen su deber imponer sus creencias a otros, a veces incluso a la fuerza. Estas personas son fanáticas y no se puede decir nada interesante sobre ellas.

Hay otros, por otra parte, que no hablan mucho, que no tienen ningún interés en convertirnos a lo que creen. Por mucho que se intente, no se puede realmente saber cuales son sus creencias. Son, como si dijéramos, místicos verdaderos que abordan la espiritualidad desde un ángulo completamente diferente, y son la verdadera encarnación de la espiritualidad, con muchas obras y pocas palabras. Nos hablan a través de sus actos sin importarles que creamos o no en ellos. En resumen, avanzan llevando una vida espiritual mientras el resto de nosotros pasamos nuestro tiempo preocupándonos acerca de lo que es la espiritualidad.

Hasan Kobāri era una de esas personas.

El señor Kobāri nació en la provincia de Gilan al borde del mar Caspio, y era ya un hombre de mediana edad cuando vino por vez primera al *jānaqāh* de Teherán. Durante treinta años había trabajado para el gobierno, y, cuando llego al *jānaqāh* era un funcionario de alto nivel en el Ministerio de Finanzas con gran poder y prestigio. Sin embargo, después de su iniciación en la Senda sufí por el Dr. Nurbakhsh, un joven *sheij* en aquella época, dejó su puesto en el gobierno y renunció a todo lo que había conseguido en el mundo para dedicarse en cuerpo y alma a la senda del Amor.

El señor Kobāri rara vez hablaba de sufismo; en lugar de ello, vivía la vida de un sufí. Si le insistías, podías conseguir de él algunas palabras sobre el sufismo, pero incluso eso era poco frecuente. Tenías, desde luego, que esforzarte mucho para demostrarle que necesitabas su opinión sobre algún tema práctico antes de que hablase. Recuerdo que alguien le preguntó en una ocasión, acerca del significado espiritual de un sueño que había tenido. El señor Kobāri le contestó disculpándose por no saber nada acerca del significado de los sueños, y le dijo que lo que importaba no era entender los sueños que se tenían,



sino aceptarlos, al igual que todo lo demás, como algo enviado por Dios y recordarle a El continuamente. Y luego le pidió que hiciese un recado para el *jānaqāh*, diciéndole que eso era mucho más útil.

Para una mente occidental, esta forma de entender la espiritualidad parecerá seguramente extraña. Se podría pensar que los asuntos espi-

fuera interesante, nunca le permitiría a uno entenderlo completamente.

\* \* \*

La primera vez que vi al señor Kobāri yo era muy joven, y naturalmente muy ingenuo. Sin embargo me aceptó sinceramente y con respeto, como lo hacía con todo el mundo. Nunca se comportó como alguien

reprochó mi pereza, y me dijo que estaba malgastando agua y que había tomado el camino fácil. Siguió explicando que el trabajo en el *jānaqāh* se hacía para disciplinar al *nafs* (ego) de cada uno, y que el *nafs* siempre quiere tomar el camino más sencillo. En ese momento, no entendí bien su amonestación. En mi inocencia había pensado, seguramente, que lo impor-



El señor Kobāri trabajando en el *jānaqāh* de Teherán. Foto de Jeffrey Rothschild

rituales deben comprenderse hasta un cierto nivel, antes de ponerlos en práctica. Si no conozco, por ejemplo, el sentido y el significado del *ẓekr* (el continuo recuerdo de Dios), ¿cómo puedo ponerme a practicarlo? El señor Kobāri consideraba que la comprensión venía más tarde —después de que uno practica lo que debe practicar y hace lo que debe hacer. Para él, una vida espiritual era una vida de obras altruistas, y entender el significado y el valor de esos actos sólo tenía lugar después de que uno se encontrara totalmente inmerso en ellos. Puedo recordarle diciendo en cierta ocasión que para conocer verdaderamente el dolor, uno tiene que sentirlo, experimentarlo y que el leer muchas teorías acerca del dolor, aunque

superior espiritualmente, a pesar de sus muchos años como *darwish* y siempre me trató como igual. Por eso, me encontraba muy a gusto a su lado y comencé a estar con él casi todo el día.

Como siempre había algo que hacer en el *jānaqāh*, me dejaba ayudarlo en algunas tareas, como regar las plantas, servir el té, o preparar para su publicación los libros que editaba el *jānaqāh*. El creía profundamente que los distintos trabajos del *jānaqāh* debían hacerse del modo más económico posible y con el mayor empeño. En cierta ocasión me cansé de utilizar un pequeño jarro para regar las numerosas plantas que había en el *jānaqāh* y en su lugar decidí regar con una manguera. En cuanto me vio con la manguera, el señor Kobāri me

tante era hacer el trabajo, no cómo se hacía. No fue hasta años más tarde, cuando finalmente me di cuenta de lo verdadero de sus palabras.

El señor Kobāri luchaba constantemente contra su *nafs*, contra sus deseos mundanales, hasta el extremo de que a veces me llegué a preguntar si le quedaba el mínimo sentido de su propio ego. Un simple pensamiento negativo era incluso suficiente para que tomara medidas drásticas para corregirse. Cierta día, estando presentes unos veinte *darwishes*, estábamos corrigiendo las pruebas de un libro con el manuscrito árabe. Como conocía bien el árabe, leía en voz alta el manuscrito mientras yo debía comprobar que la versión impresa se correspondía con aquél.

Estábamos en mitad de esta ta-

rea, cuando sonó el timbre de la puerta y llegó un *mollāb* (clérigo musulmán) que tenía cita con el maestro, y se sentó con nosotros mientras esperaba. En cuanto el *mollāb* se sentó, pidió té y comenzó a sermonear a todo el mundo. El señor Kobāri le escuchó durante unos minutos y después se volvió hacia mí y me dijo que continuásemos con nuestro trabajo. Me quedé asombrado cuando comenzó a recitar el árabe incorrectamente, y en especial los versículos coránicos. Tan pronto como el *mollāb* escuchó la recitación incorrecta del Qorán por el señor Kobāri comenzó a corregirle.

Durante la media hora siguiente, el *mollāb* corrigió constantemente al señor Kobāri de una forma ruda y humillante. Cada vez que lo hacía, el señor Kobāri se disculpaba, pidiendo perdón al *mollāb*. Tras un tiempo que pareció horas, el *mollāb* fue finalmente conducido a ver al maestro. Cuando salía de la habitación, le ordenó al señor Kobāri que dejara de leer, recordándole que era una blasfemia recitar incorrectamente los versículos coránicos.

Durante este episodio, me tuve que reprimir para no insultar ni maldecir al *mollāb*. Estaba también totalmente perplejo con la actitud del señor Kobāri. Cuando por fin me encontré a solas con él, más tarde ese día, le pregunté por el sentido de su comportamiento con el *mollāb* y por qué había pronunciado tan mal el árabe. «En el momento en que vi al *mollāb*», me contestó, «entró en mi mente el pensamiento de que yo era mejor que él. Me sentí tan avergonzado por este pensamiento que tenía que hacer algo para compensar al *mollāb* y conseguir el perdón por mi arrogancia y por mi sentido de superioridad.»

Aunque tenía medios suficientes para llevar una vida confortable, el señor Kobāri llevaba por el contrario una vida sencilla. Dedicaba la mitad de su pensión de jubilación a las necesidades diarias del *jānaqāb* y la otra mitad a su familia, formada por su mujer y una vieja sirvienta a quien trataba como a una hermana. Su casa tenía dos habitaciones, una

pequeña cocina y un jardín. Por las mañanas recorría Teherán, haciendo recados para el *jānaqāb*: asegurándose que los impresores hacían su trabajo, comprando las verduras, acudiendo al banco, y realizando otros muchos trabajos que eran esenciales para el funcionamiento diario del *jānaqāb*. Al hacerlo, intentaba siempre ser tan comedido como podía. Por ejemplo, evitaba en lo posible tomar transportes públicos e iba andando siempre que era posible y cuando no, tomaba el autobús mejor que un taxi, sin pensar en el esfuerzo que pudiera suponer. Estando con el señor Kobāri todo se convertía en una experiencia de aprendizaje. Un día me permitieron acompañarle a un recado importante. Dada su predilección por evitar los transportes públicos, me preparé para una larga caminata. Para mi sorpresa insistió, sin embargo, en tomar ese día un taxi, ya que yo era su huésped. Al darse cuenta de mi confusión y de mi decepción, me dijo: «El sufismo es no tener ataduras con nada, e incluso negarse a tomar un taxi puede llegar a ser una atadura.»

Después de llevar a cabo todas sus tareas diarias, el señor Kobāri volvía a su casa cada día para almorzar con su mujer. Aunque no solía invitar a nadie a su casa, siempre recibía a aquellos que se acercaban, y la gente acudía a su casa, sin ser invitada, con la esperanza de pasar unos minutos con él. Yo mismo a menudo tenía el honor de ir a su casa para almorzar. Comíamos y después mirábamos la televisión durante media hora en un pequeño aparato en blanco y negro que le había regalado su hija.

Sorprendentemente, incluso mientras miraba la televisión, el señor Kobāri no podía evitar sentirse abrumado con el sentimiento de lo Divino. Un día, por ejemplo, estábamos viendo *Guns, smoke* (algunas series americanas eran muy populares en Irán en aquella época). En el episodio que estábamos siguiendo, uno de los personajes terminaba sacrificando su vida para salvar a un individuo al que apenas conocía. El señor Kobāri estaba tan abrumado con el episodio que comenzó a sollozar en silencio y que su cuerpo entero se puso a tem-

blar; se volvió hacia mí y con una voz apagada me dijo: «Esto es amor, y yo estoy aún tan lejos». Entonces también yo comencé a llorar, totalmente contagiado por el estado del señor Kobāri. Más tarde, tras regresar a casa, me di cuenta de que esa era la diferencia entre un hombre de Dios y el resto de nosotros: él percibe la belleza Divina donde nosotros solo vemos basura.

Durante veinticinco años, el señor Kobāri acudió al *jānaqāb* de Teherán cada día, de dos de la tarde a diez de la noche, y no se iba nunca mientras quedara alguien en él. Realizaba siempre los trabajos más duros y más serviles del *jānaqāb*, y era un ejemplo para todos los *darwishes*. En las tardes de reunión, a pesar de haber prestado durante años sus servicios al *jānaqāb* y haberse ganado el lugar más honorífico, seguía sentándose en la entrada donde los *darwishes* dejaban sus zapatos.

La sala en la que se tomaba el té en el *jānaqāb*, en la cual se sentaba y trabajaba siempre el señor Kobāri durante el día, se convirtió en una especie de escuela para los *darwishes*, al menos para los que deseaban comprender lo que sucedía. Predicaba con el ejemplo, ofreciendo sus servicios sinceramente a todos los que lo necesitasen sin que tuvieran que pedirselo y sin esperar nada a cambio. Aunque se ocupaba de todos los asuntos del *jānaqāb*, jamás le oí dar una orden directamente a nadie. Dejaba, en cambio, que los *darwishes* supieran lo que debía hacerse, lo que era correcto, por medio de sus actos, y era siempre el primero en emprender cualquier tarea, comenzando él mismo las tareas más arduas y desagradables, pero siempre sin ninguna muestra de orgullo o de autosatisfacción.

Y por otra parte, ninguna tarea era demasiado pequeña para él si conllevaba un servicio a otro *darwish*, fuera cual fuera el *darwish* y en cualquier circunstancia. En una ocasión, un *darwish* recién iniciado estaba sentado en el círculo una tarde de reunión. El señor Kobāri pasó por su lado y el *darwish* le pidió un té. Varios *darwishes* intentaron inmediatamente levantarse para llevarle el té, en lugar

del señor Kobāri, pero éste les dijo que se sentaran y fue a por el té para el recién llegado.

Desde el momento en que llegaba al *jānaqāh* hasta que se marchaba, el señor Kobāri estaba todo el tiempo ocupado, por su devoción hacia el maestro y por los otros *darwishes*, cuya comodidad anteponía constantemente a la suya. La historia siguiente, que me contó uno de los *darwishes* más antiguos, ilustra bien esto. Este *darwish* estaba viviendo en el *jānaqāh* en un invierno particularmente frío. Una noche, vio al señor Kobāri marcharse del *jānaqāh* a las diez de la noche como de costumbre. Unas dos horas después, el *darwish* permanecía despierto, pues no podía conciliar el sueño. De repente, para su sorpresa, se dio cuenta de que el señor Kobāri regresaba al *jānaqāh*. Intrigado, le observó para ver qué sucedía. Tras abrir un armario, el señor Kobāri tomó una lata de keroseno y comenzó a llenar la estufa de la habitación donde dormía el *darwish*. Luego se marchó tan silenciosamente como había llegado.

Al día siguiente, el *darwish* le preguntó por la noche anterior. Dudó durante un momento, y luego le explicó que después de llegar a su casa y acostarse, le vino la idea de que la estufa de keroseno podía quedarse sin combustible en la habitación donde dormían los *darwishes*, y tuvo miedo de que se quedase demasiado fría y se sintieran incómodos. Por ello, se había levantado en medio de la horrible y fría noche de invierno y había caminado de vuelta al *jānaqāh* para asegurarse de que la calefacción era suficiente para los *darwishes*. Nadie por supuesto, de no haber sido visto por ese *darwish* aquella noche, se hubiera enterado de este acto de amable generosidad. ¿Y cuántas veces más habrá realizado obras así el señor Kobāri? Eran su vida.

Todos los que tenían contacto con el señor Kobāri, incluso los que no sabían que era sufí, no dejaban de sentirse impresionados de un modo muy profundo. Trataba a todo el mundo con un gran respeto y al mismo tiempo intentaba ser muy directo. En uno de los muchos paseos

que hicimos juntos, le estaba acompañando a la imprenta donde iba a ver al responsable del departamento de encuadernación. Era un hombre de mediana edad que estimaba mucho al señor Kobāri y que siempre le cobraba un precio justo por la encuadernación de los libros.

Como de costumbre, el señor Kobāri fue muy respetuoso con este hombre. Cuando nos sentamos para discutir el precio de la encuadernación para el siguiente libro, se volvió de pronto hacia el señor Kobāri y le dijo: «¿Por favor, puede esperar este asunto? Quería pedirle su opinión sobre un asunto mucho más importante.» Y prosiguió diciendo al señor Kobāri que había decidido convertirse en sufí y que quedaría agradecido si el señor Kobāri pudiese preguntar al Maestro sobre la posibilidad de llegar a ser iniciado.

Sin dudar, el señor Kobāri movió la cabeza y le dijo al encuadernador que el sufismo no era adecuado para él. Asombrado, pues conocía la devoción del señor Kobāri por el sufismo, el hombre le preguntó cómo era posible. «Porque», respondió el señor Kobāri, «si se hace sufí, usted no podrá nunca más cobrarnos por la encuadernación de nuestros libros. ¿Cree usted que puede prescindir de este dinero?»

El hombre agachó la cabeza y permaneció en silencio por un largo tiempo. Al final, el señor Kobāri rompió el silencio, diciéndole: «¿Quiere realmente saber la verdad? He llegado a la conclusión de que todo el mundo es sufí, a su manera, sin darse cuenta de ello. Y ahora vamos a hablar del precio de la encuadernación del libro porque este asunto es mucho más urgente.» Tras la muerte del señor Kobāri, el encuadernador aceptó la condición que él le había impuesto y fue iniciado en la Senda.

Hacia el final de su vida, el señor Kobāri se volvió tan débil físicamente que apenas podía ir diariamente de su casa al *jānaqāh*. Por eso, el maestro le pidió un día que se mudase al *jānaqāh*. El señor Kobāri se entusiasmó con la invitación del maestro, porque trasladarse al *jānaqāh* había sido siempre su sueño. Más de una vez me había

dicho que la única cosa que deseaba todavía de Dios era vivir y morir en el *jānaqāh*, entre los *darwishes* y cerca del maestro.

Ni que decir tiene que al principio estaba muy emocionado de vivir en el *jānaqāh*. Tras veinticinco años de estar yendo al *jānaqāh*, podía al fin vivir en el lugar que tanto había cuidado. Pronto sin embargo, se dio cuenta de que era mucho más fácil ir y venir cada día de su casa al *jānaqāh* que vivir en él. Al vivir en el *jānaqāh*, estaba continuamente preocupado, a veces hasta el punto de obsesionarse, por el bienestar de los *darwishes* y el estado del *jānaqāh*. Una vez que se hubo mudado al *jānaqāh*, se percató de que ya no podría nunca más dormir, al sentir siempre la obligación de comprobar y de volver a comprobar todas las cosas, hasta el punto de que enfermó gravemente. La situación, de hecho, empeoró tanto que le pidió permiso al maestro para irse a casa y morir en paz. Y así lo hizo.

El 23 de marzo de 1978, pocas semanas después de volver a su casa, el señor Kobāri murió en paz en su cama. Puede que el epitafio que mejor le cuadre es la descripción del discípulo dada en la obra, *En la Taberna, paraíso del sufí* del Dr. Nurbakhsh, el maestro de quien era devoto:

El discípulo es un buscador sincero libre de toda atadura. Él anhela a Dios y, por ello, se reduce a sí mismo; se encamina en la senda sin hablar de sí mismo. No tiene ninguna historia que contar sobre su «yo», ni tiene queja alguna de su Amado.

El discípulo es un enamorado de corazón fatigado que ha roto con los dos mundos y se ha unido a Dios con el lazo de la amistad. Él busca únicamente a Dios, habla sólo de Dios, y orgulloso de su amistad, juega al juego del amor con el Amado. En cada momento borra del espejo de su corazón el orín de la multiplicidad y lo ilumina con el amor de su Bienamado. (p. 145).

